

LA REVELACIÓN EN LA SAGRADA ESCRITURA (AT Y NT)

Eugenio Molera

www.teologiayvida.com

INTRODUCCIÓN: CONCEPTO DE REVELACIÓN.....	2
1-LA PRIMERA REVELACIÓN, QUE SE EXPRESA A TRAVÉS DE LA NATURALEZA, PUEDE LLAMARSE REVELACIÓN CÓSMICA O NATURAL.....	2
2.- REVELACIÓN HISTÓRICA.....	3
3.- REVELACION A LOS PATRIARCAS.....	3
4.-. REVELACIÓN PROFÉTICA.	3
5.- REVELACIÓN DE DIOS POR LA LEY.	4
6.- LA CIMA DE LA REVELACIÓN ES LA REVELACIÓN CRÍSTICA.	5
7.- LA REVELACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	5
7.1.- LA REVELACIÓN DE DIOS ACERCA DE JESUCRISTO.	6
7.2.-LA REVELACIÓN DE DIOS POR JESUCRISTO.	6
8.-LOS APÓSTOLES AL SERVICIO DE LA REVELACIÓN.....	8
BIBLIOGRAFÍA:	9

LA REVELACIÓN EN LA SAGRADA ESCRITURA (AT Y NT)

INTRODUCCIÓN: CONCEPTO DE REVELACIÓN.

Del lat. Revelatio,-ōnis

Descubrimiento, desvelamiento, revelamiento, manifestación, (manifestación divina), publicación, epifanía. confidencia, secreto, declaración.

La Revelación, es el Acto libre por el que Dios autocomunica y automanifiesta su misterio a la humanidad invitándola a compartirlo. La revelación constituye el fundamento de la fe y su referencia constante; la teología, que nace de la revelación. intenta comprender su misterio a la luz de la inteligencia.

Es posible verificar una HISTORIA O UNA ECONOMÍA DE LA REVELACIÓN, que tiene su origen en la creación y culmina en el acontecimiento Jesucristo.

1-LA PRIMERA REVELACIÓN, QUE SE EXPRESA A TRAVÉS DE LA NATURALEZA, PUEDE LLAMARSE REVELACIÓN CÓSMICA O NATURAL.

Se refiere al acto creativo de Dios, que permite ya un conocimiento de sí como de un Dios que ama. A través de esta revelación, se puede llegar a conocer a Dios (Rom 1,20); por tanto, lo creado se convierte en el escenario en el que el hombre bíblico ve cómo Dios sale por primera vez del silencio de su misterio.

La primera obra de Dios que nos narra la S. E. es la creación del mundo (Gen 1-2). Por medio de ella Dios se revela de tal manera que todos los hombres pueden conocer su existencia con la luz natural de la razón, *«porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras...»* (Rom 1,20; Sap 13,1-9), y porque, además, Dios creó a los hombres *«con un corazón para pensar, los llenó de saber e inteligencia... puso su luz en sus corazones para mostrarles la grandeza de sus obras»* (Eccli 17,6-10). El universo, manifiesta la gloria de Dios (Ps 19,2; 107, 23;) *«No es un mensaje, ni palabras, ni su voz se puede oír; pero por toda la tierra se adivinan los rasgos y sus giros hasta el confín del mundo»* (Ps 19,5; Job 25,7-14). Los fenómenos de la naturaleza se consideran manifestaciones del poder de Dios, atribuidos a la fuerza de su palabra: *«La misma obra creadora se atribuye en el pensamiento bíblico a la Palabra de Dios (Gen 1,2 ss.; Job 1,3. De aquí que quienes no reconocen a Dios por este camino no son excusables (Sap 13,8; Rom 1,20) y menos aún quienes, en vez de adorarlo como a Dios, se fabrican ídolos ante los que suplican y a los que sirven (Sap 13,10-19; Rom 1,21-23;) La R. de Dios en la obra de la creación y en el dinamismo de la naturaleza queda situada, a lo largo de la S. E., como un punto de apoyo natural para reconocer al Dios que se revela en la historia por su Palabra.*

2.- REVELACIÓN HISTÓRICA.

Se refiere sobre todo a las peripecias que constituyen la historia de Israel: la llamada de Abrahán con la promesa de una tierra y de un pueblo, la esclavitud en Egipto, la alianza y el don de la Torá, la deportación y las más variadas vicisitudes del pueblo se convierten en «palabras» con las que Israel comprende quién es Dios y qué relación lo une a él.

3.-REVELACIÓN A LOS PATRIARCAS

En el Génesis (v.) se narra la R. de Dios en primer lugar a nuestros primeros padres, a Noé (v.; Gen 6,13-21;) para prevenirle del diluvio y bendecirle por ser el varón más justo de su tiempo (Gen 5,9). Con Abraham, empieza a cumplirse la promesa contenida en el núcleo de la R. primitiva. Dios se revela a Abraham (Gen 12,2-3) para hacer con él una Alianza. Alianza y nacimiento de Isaac (Gen 21,1-6). Con esto Dios empieza a prepararse un pueblo al que revelarse y con el que comunicarse personalmente. Esta R. de Dios a los patriarcas dirige la religiosidad de aquellos hombres, y es expresada en la S. E. como una comunicación directa con Dios, que manifiesta su voluntad hablándoles directamente: visión (Gen 15,1), o en una aparición (Gen 17,1; 18,1), mientras que a Jacob fue en un sueño (Gen 28,13), y a Moisés mediante el Ángel de Yahvé (Ex 3,6).

El contenido de la R. a los patriarcas gira en torno a la promesa hecha a Abraham de hacerle padre de un gran pueblo, tras llamarle a salir de su tierra y seguir los caminos que Yahvé le mostraba.

4.-. REVELACIÓN PROFÉTICA.

Esta revelación pasa a través de la mediación personal de algunos hombres llamados a expresar las palabras mismas de Yahvé. La revelación profética recorre las grandes etapas de la historia de Israel, como la alianza, la Torá y la fidelidad a Yahveh, pero las inserta en una perspectiva más profunda y espiritual, para que nadie se quede en una relación puramente formal con Dios.

Se la llama profeta al que recibe el mensaje de Dios y habla en nombre de Dios). El profeta es un hombre entresacado de los hombres para hablar a los hombres de Dios. Éste es el modo normal en que Dios revela su voluntad a partir de la época de la monarquía en Israel. Por la R. a los profetas, Dios va explicitando más su voluntad salvífica hacia los hombres. Por medio de ellos Dios echa en cara al pueblo y a los reyes de Israel y de Judá su infidelidad a la Alianza, su pecado, y les anuncia el castigo (Is 2,6-22; Os 5,9-14; Joel 2,1-2;). Pero también mantienen viva la esperanza en el cumplimiento pleno de las promesas en los tiempos mesiánicos, que los profetas vislumbran por la R. de Dios (Is 11,10-13). Predicen la venida del Mesías (v.) y los rasgos que le caracterizarán (Is 7,14; Mich 5,2; Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-11; 52,13-53,12).

Natán (2 Sam 7,5-16), por cuyo medio Dios revela a David el eterno reinado de su descendencia (Cristo); Elías (1 Reg. 17,2-19,17; 21, 17-19), por quien Dios recrimina al

rey Ajab; Eliseo (2 Reg. 2-14), y todos aquellos hombres que hablaban en nombre de Dios y que constituían una institución en Israel (1 Reg. 18,4; 22,6-23; 2 Reg. 2,3-18; 4,38; 6,1 ss.; 9,1 ss.; etc.).

En cuanto al progreso de la R., especial importancia cobran los profetas escritores, cuyos nombres han recibido los libros canónicos.

La R. de Dios llega a los profetas de diversas formas: normalmente por audición (Is 8,1.5; Ier 1,4; Ez 1,3; 4; 24); pero de cualquier forma crea en él la conciencia clara de ser Palabra de Yahwéh, R. de Dios. Otras veces esta R. acontece en visiones (Is 1,1 ss.; 6,1 ss.; Ez 1,1 ss.; 8,1 ss.; Dan 8-12; sin que se nos especifique cómo se realizan éstas. En algunas ocasiones tienen lugar de noche (Num 12,6; Dan 7,2), pero son algo muy distinto de los sueños (Dan 2,3-45; 4,1-24). Parece tratarse de visiones intelectuales, provocadas por alguna iluminación especial de Dios.

Por medio de ellos Dios se revela, siguiendo en la línea de la R. yahwista anterior, como el Dios único sobre todos los pueblos de la tierra (Am 1,2; 9,7; Is 10,12;), el Dios Santo y Transcendente (Is 6; 40,25; Os 11,9; Ier 50,29; etc.), y a la vez cercano y amante de su pueblo (Os 2; Ier 2,2-7; 3,6-8).

Con la R. de Dios a los profetas ésta adquiere su punto culminante en el A. T.; pero también en la reflexión y vivencia religiosa de los sabios de Israel, puesta por escrito bajo la inspiración divina, Dios va manifestando su Misterio, su Sabiduría, que el hombre por sí no es capaz de comprender (Iob 28; 38-39; Prv 8,22-32;), su designio de salvación 'por medio del Mesías (Ps 2; 110), De esta manera se va preparando el camino a la R. evangélica.

5.- REVELACIÓN DE DIOS POR LA LEY.

La voluntad de Dios y su Palabra queda revelada en la Ley, concepto que abarca el Decálogo, y las disposiciones que regulaban la vida de Israel. Este nuevo paso en la R. contiene las palabras de la Ley y los hechos de la liberación de Egipto y donación de la tierra prometida.

Con esto se inicia el cumplimiento de las promesas hechas a los patriarcas, y al mismo tiempo se prepara el camino para su cumplimiento definitivo en la R. de Cristo (Gal 3,15-18). Tras la R. a Moisés, Dios sigue hablando a los personajes más destacados de la historia de Israel. Habla a Josué (Jos 1,2-9) para confiarle la misión de pasar el Jordán, y ordenarle las acciones más señaladas (Jos 3,7-13; 5,2; 6,2-5; 7,10); habla a Gedeón por medio de su ángel (Jud 6,14-16); a la madre de Sansón (Jud 13,3-5); a Samuel (1 Reg. 3,7-21; 9,15); en sueños se aparece a Salomón (1 Reg. 3,5-15; 9,3-9); etc. Estos personajes tienen conciencia de que Dios se les lea revelado y les ha manifestado su voluntad, aunque en la S. E. no aparezca con claridad la forma de estas revelaciones divinas.

EN EL ANTIGUO TESTAMENTO, se va preparando, en sucesivas etapas a través de siglos, el camino para mostrar a los hombres la verdad completa acerca de Dios mismo por medio de su Palabra hecha carne (lo 1,14). En el A. T., Dios se revela a los hombres desde los mismos albores de la historia (Gen 2,16; 3,8-22), y progresivamente va manifestando su voluntad y abriendo los corazones y las inteligencias a la Verdad suprema. *Pues «muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; pero en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo»* (Heb 1,1-2). Es, por tanto, en el Hijo de Dios, en Jesucristo donde Dios nos revela su «Misterio».

IDEAS CLAVES: Dios se da a conocer de diversas maneras: manifestaciones cósmicas, teofanías, comunicando su Nombre, acontecimientos históricos, a través de la palabra de los profetas., por la sabiduría divina.

CATEGORÍA FUNDAMENTAL: “Palabra de Dios”, no solo cognoscitiva, sino también dinámica, expresiva, con fuerza,

ELEMENTOS CLAVES: promesa, historia, elección, mensajeros, creación que no es independiente de la salvación

6.- LA CIMA DE LA REVELACIÓN ES LA REVELACIÓN CRÍSTICA.

La revelación de la palabra se hace ella misma «carne» y el alfabeto de Dios toma cuerpo en el lenguaje de Jesús de Nazaret. Esta revelación, como indica *la Dei Verbum en el n. 4, debe considerarse «definitiva» y «completa», ya que en Jesús Dios nos dice todo lo que, en su misterio de amor, quería comunicar a la humanidad.*

La revelación constituye el fundamento de la fe porque en ella Dios no sólo se comunica a sí mismo, sino que en la persona del Hijo hace evidente su proyecto sobre el hombre. Al revelarse a sí mismo en la naturaleza humana, Dios revela al hombre a sí mismo: le permite descubrir el plan de salvación original más allá de la desobediencia del pecado y le invita de nuevo a reconciliarse con él. La revelación, que es ante todo signo del amor que quiere darse a conocer para que el amado sea feliz, supone también la dimensión soteriológica en cuanto que la condición real de la persona humana es la del pecado y de la desobediencia. Así pues, al revelarse. Dios no sólo se da a conocer a sí mismo y su misterio de amor, sino que al mismo tiempo salva a los hombres de la condición de esclavitud.

7.- LA REVELACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO.

La R. de Dios a los hombres tiene su culminación en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre. El Nuevo Testamento es el testimonio divino de la R. que el Padre hace del Hijo y el Hijo del Padre, siendo el Espíritu Santo, enviado, el que hace comprender el misterio de Dios en Cristo y su designio de salvación universal a los Apóstoles y a la Iglesia.

7.1.- LA REVELACIÓN DE DIOS ACERCA DE JESUCRISTO.

«Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de mujer» (Gal 4,4). Si en el A. T. Dios había revelado este misterio como promesa (cfr. Is 7,14), en el momento definitivo de su cumplimiento lo revela por medio del ángel Gabriel a María, elegida para madre de su Hijo (Lc 1,26-38); a S. José mediante un ángel aparecido en sueños (Mt 1,18-24; 2,13-14.19), a los pastores (Lc. 2,8-14), y a los magos por medio de la estrella (Mt 2,2). Por un ángel revela a Zacarías el nacimiento de Juan Bautista (Lc. 1,11-22), y a los magos por un sueño cómo han de volver a su tierra (Mt 2,12).

SE TRATA EN ESTOS CASOS DE LA R. DE DIOS DIRIGIDA A PERSONAS CONCRETAS, AL MODO COMO OCURRÍA EN EL A. T

En el Jordán, al ser bautizado Jesús, Dios revela su identidad por medio de una paloma, símbolo del Espíritu, que desciende sobre Él, y de una voz: «*Éste es mi Hijo amado...*» (Mt 3,16-17 y par.). Juan Bautista, considerado como el último y mayor de los profetas del A. T. (Mt 11,11-15), manifiesta quién es Jesucristo: «*El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*» (Io 1,29.36), La misma R. que en el Jordán ocurre en el monte Tabor, ante tres de los discípulos (Mt 17,1-8 y par.), con la manifestación de la presencia del Padre en la nube (cfr. Ex 13,12 Por medio de un ángel se anuncia también a las mujeres la resurrección de Cristo (Mt 28,1-8 y par.). Así Dios va revelando de diversas maneras y a distintas personas, en la misma vida histórica de Jesús, la verdad acerca de Él y de su Obra. Esta R. que el Padre hace acerca del Hijo es el testimonio divino que ratifica la verdad de la R. que el Hijo lleva a cabo acerca del Padre y de Sí mismo con sus obras y sus palabras.

7.2.-LA REVELACIÓN DE DIOS POR JESUCRISTO.

«Dios últimamente nos ha hablado por medio del Hijo» (Heb 1,1), *Jesucristo*. En efecto, en los Evangelios Sinópticos aparece Jesús predicando y enseñando como verdadero profeta. Para eso ha venido al mundo, y cumple su misión recorriendo los pueblos y aldeas (Mc 1,38; Lc 4,43), enseñando en las sinagogas (Mc 6,2) y en el Templo (Lc 19,47; 20,1). *El contenido de su predicación es fundamentalmente el hecho de que las promesas divinas se han cumplido y el Reino de Dios ya ha aparecido sobre la tierra*. Como señal de ello Jesús arroja los demonios (Mt 8,28-34; 12,28) y sana toda enfermedad y dolencia (Mt 4,23 y par.; 9,35; etc.). Pero Jesús no es uno más entre los profetas, sino el Profeta esperado (Io 6,14; 7, 40; el Mesías que manifestará todas las cosas acerca de Dios (Io 4,25),. Jesús sobrepasa la categoría de profeta y revela a los que Él quiere y como quiere los misterios del Reino de Dios (Mt 13,11 ss. y par.), porque Él es quien instaaura el Reino y en Él se cumplen las promesas hechas por Dios mediante los profetas: es el Mesías anunciado por Isaías (Lc 4,18-21; cfr. Is 61,1-2; Soph 2,3); En Jesucristo y en su obra se cumple la promesa revelada por Dios y contenida en la S. E. (Mt 26,31; Io 5,39; 19,24.28.) Por ello, enseña con autoridad (Mc 1,27), dando pleno cumplimiento en Sí mismo a la Ley y a los profetas, al proponer, en su propio nombre («Pero Yo os digo...»), la nueva Ley del Reino de Dios (Mt 5,17-18.21-43). Jesús puede

revelar los misterios de Dios porque todo le ha sido entregado por el Padre y *«nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»* (Mt 11,27; Lc 10,21-22).

Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre para salvar a los hombres. En Él culmina la R. de Dios, en hechos y en palabras, pues es la Palabra, el Verbo hecho carne (lo 1,14).

La R. de Dios en Cristo, contemplada en esta profundidad, aparece en el Evangelio de San Juan. *Cristo es el Verbo de Dios, eterno junto al Padre, por quien fue creado el mundo. Él es la luz que ilumina a todos los hombres, y por quien se ha realizado la R. veterotestamentaria;* (lo 1,1.9.11). Este Verbo de Dios se ha encarnado manifestándonos la Gloria de Dios en la humanidad de Cristo y revelándonos al Dios indivisible, porque Él le conoce como Hijo Unigénito (lo 1,14.18). A lo largo del Evangelio, Jesucristo se presenta como el enviado de Dios, que habla no por su cuenta sino las Palabras de Dios (lo 3,11.34; 7,17-18; 12,49-50;

Pero al mismo tiempo que Jesús es el que revela las Palabras de Dios, Él mismo es el contenido de esa R., porque es el Verbo de Dios, y por eso exige tener fe en Él (lo 3,18; 6,34.40; 7,38; etc.). Jesús se revela en íntima relación con el Padre (lo 5,19-23) hasta el punto de declararnos: *«El Padre y Yo somos una sola cosa»* (lo 10,30). De aquí que sea en la presencia de Cristo entre los hombres donde realmente se contempla al Padre: *«El que me ha visto a mí, ha visto al Padre...»* (lo 14,8-11). Así da a conocer el nombre, la persona del Padre (lo 17,6.26) Por otra parte, su misión tiene como fin realizar la obra que el Padre le ha confiado (lo 4,34; 17,4), que no es otra sino llevar a término la salvación universal mediante la redención por su muerte (lo 19,30) y por la fe en Él (lo 6,39-40).

La muerte de Cristo y su resurrección gloriosa constituyen el momento supremo de su R. a los hombres. Es la hora de Jesús, de su glorificación (lo 17,5), de su vuelta al Padre (lo 16,28), tras la cual los discípulos comprenden el significado profundo de sus palabras y de sus acciones (lo 2,22), así como de la S. E. (lo 20,9). Este comprender los discípulos la R. de Dios en Cristo se debe sobre todo a la acción del Espíritu Santo en ellos, tal como Cristo les había prometido para que les enseñara todas las cosas (lo 14,26), y les envía tras su glorificación y ascensión al Padre (lo 16,5-7; cfr. lo 20,22), el día de Pentecostés (v.; cfr. Act 2,1-4). De esta manera el Verbo Encarnado, Jesucristo, *«con toda su presencia, y manifestación, con sus palabras y obras, prodigios y milagros, pero, ante todo, con su muerte y resurrección y, finalmente, enviando el Espíritu de verdad, cumple perfectamente la Revelación, y la confirma con el divino testimonio de que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos para la vida eterna»* (Dei Verbum, 4).

8.-LOS APÓSTOLES AL SERVICIO DE LA REVELACIÓN.

Con la iluminación del Espíritu Santo, los Apóstoles, comprenden profundamente la R. de Dios que ha culminado en Cristo. Pero esta R. sigue actualizándose en la historia por medio de la predicación apostólica, y de la Iglesia que, por mandato de su Señor, invita a todos los hombres a la conversión y a la fe en Jesucristo (Mt 28, 17-21). San Pablo, nos describe con gran riqueza de términos que Dios mismo se ha revelado, descubierto, hecho patente, dado a conocer, iluminado el misterio de su voluntad, que no es otra cosa que el Evangelio, es decir, Cristo. En efecto, lo que S. Pablo predica es *«la Revelación de un misterio mantenido en secreto durante siglos eternos, pero manifestado al presente por las Escrituras que lo predicen, por disposición del Dios eterno, dado a conocer a todos los gentiles para obediencia de la fe»* (Rom. 16,25-26; cfr. Col 1,25-27; Al igual que los demás Apóstoles, se sabe depositario de la R. (Eph 3,5; Col 1,24-25; 1 Cor 2,10; etcétera) y siente sobre sí la misión y la responsabilidad de manifestarla mediante la predicación del Evangelio (1 Cor 15,11 ss.; 2 Cor 4,1-5; Así, la predicación del Apóstol pertenece también a la R., pues el Evangelio que él anuncia no lo recibe de hombre alguno, sino de Jesucristo (Gal 1,11-12), y quienes reciben su palabra, no lo hacen en cuanto que sea palabra de hombre, sino como Palabra de Dios (1 Thes 2,13-15). El contenido del Evangelio predicado por S. Pablo es Cristo, el Hijo de Dios (Gal 1,13-16; 1 Cor 2,1-4), en el que se ha manifestado la ira de Dios, tanto para los judíos como para los gentiles, ya que no reconocieron a Dios ni por la Ley ni por la creación (Rom 1,18-3,20); pero sobre todo se ha revelado la justicia de Dios por la fe en Jesucristo, pues todos, judíos y gentiles, *«son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús»* (Rom 3,21-24; 1,16-17; etc.). Este aspecto de la universalidad de la salvación por la fe en Jesucristo, mediante la aceptación del Evangelio, pertenece esencialmente al misterio de R., que S. Pablo proclama (Rom 16,26; Col 1,27; 1 Tim 2,4-6; etc.).

Por la fe el cristiano posee la gracia de la sabiduría y la R. (Eph 1,17), por la que va llegando al conocimiento pleno de Cristo y al estado del hombre perfecto (Eph 4,7.11-13). Por la R. de Cristo se quita el velo que ocultaba el A. T., por lo que queda desvelada la S. E. y la Gloria del Señor se refleja en el creyente, que se va transformando en la misma imagen de Cristo conforme a la acción del Señor, que es el Espíritu (2 Cor 3,14-4,6). Pero al mismo tiempo, el creyente vive también en la esperanza de la R. plena de Jesucristo al final de la historia, en su segunda venida (1 Cor 1,7; 15,23; 1 Tim 6,14; cuando se revelará definitivamente la salvación (1 Pet 1,5.7.13). Entretanto la R. de Dios va arraigando en el mundo mediante la predicación y la obediencia de la fe, aunque en alguna ocasión se manifieste mediante revelaciones carismáticas (1 Cor 14,26-33; 2 Cor 12,1-7).

En el libro de los Hechos, se describe la realización de la misión de los Apóstoles de dar a conocer la R. de Dios en Cristo. Ellos son, tras la ascensión del Señor y con la luz y el poder del Espíritu Santo, quienes dan testimonio de Cristo y anuncian la salvación por Él realizada (1 lo 1,2). PROCLAMAN POR TODAS PARTES EL KERYGMA, cuyo contenido

es el cumplimiento de las promesas en Cristo, resucitado de entre los muertos, exaltado por Dios a su derecha, constituido juez de vivos y muertos y emisor del Espíritu. De Él procede el perdón de los pecados, la salvación, la vida (Act 2,14 ss.; 3,12 ss.; 5,29 ss.; 17,22 ss.) que alcanzan a todos aquellos que creen la Palabra (Act 2,38-41; 10,43; etc.). Con la predicación de los Apóstoles se hace realidad la R. de Dios, no sólo porque anuncian lo que Jesús fue, hizo y dijo, sino porque por su predicación de Cristo y la aceptación de los oyentes se cumplen las promesas de salvación, cuyo fruto es la efusión del Espíritu (Act 2,15-21; 37-40; 10,44-48; etc.), y cuya señal de cumplimiento son los prodigios obrados por los Apóstoles (Act 3,1-10; 5,15-16; etcétera) y la vida de los creyentes (Act 2,42-47; 4,2335; etc.).

De esta manera, la R. total de Dios en Cristo Jesús se va transmitiendo fielmente por los Apóstoles, *«que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la Palabra, por la convivencia y las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo. Y no sólo por los Apóstoles, sino también por los sucesores que ellos instituyeron. E igualmente por aquellos varones apostólicos que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, escribieron el mensaje de la salvación»* (Dei Verbum, 7). Así, la R. divina no sólo queda relatada en la y en la enseñanza de la Iglesia, sino que ellas son, para el hombre que posee el Espíritu de Dios (2 Cor 2,10-16), la Palabra misma y la R. de Dios actuante en la historia, hasta que llegue el final de los tiempos, con la segunda venida de Jesucristo, en su poder y gloria), en la que se consumará toda la Revelación.

BIBLIOGRAFÍA:

Salvador Pié: *Teología fundamental*, págs. 100-146.

Rene Latourelle, Rino Fisichella, *Diccionario de Teología fundamental*, Ed. Paulinas Madrid, 1992

Biblia de Navarra, Eunsa, ED. Universidad de Navarra 2008

Sagrada Biblia, Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, Ed. B.A.C, 2014

Constitución Dei Verbum (1985), *“Sobre la Divina Revelación”*. Cap. I, 1-6; Cap. IV. 14-16; Cap. V, 17-20

